

Titán

Ben Bova

Traducción:
Pedro Manuel Cortés



A la memoria de mi amigo David Brudnoy, buscador de la verdad.
Y mi especial agradecimiento a Dwight Babcock,
que acuñó el nombre de «Hache Tumbada» para uno de los mares de Titán.

Arriesgar nuestra persona a cada instante es el único motivo por el que en realidad vivimos. Y muy a menudo creer de antemano en un resultado todavía incierto es lo único que hace que ese resultado se convierta en realidad.

—William James

24 de diciembre de 2095

A orillas del mar de metano

Era cerca del amanecer en Titán. Un espeso y lánguido viento se deslizaba como una bestia grasienta que despertase lentamente de un sueño agitado, gimiendo, avanzando pesadamente sobre la tierra helada. El cielo era de un naranja grisáceo, y estaba cargado de aletargadas nubes; el remoto Sol no era más que una débil ascua de apagada luz roja ardiendo tenuemente en el horizonte. No había una sola estrella en aquel cielo envenenado, ni una luz que rompiera la oscuridad; solo el casi imperceptible atisbo de un lejano resplandor revelaba el lugar en el que, allá en lo alto, flotaba el gigantesco planeta Saturno.

El mar, cubierto de hielo, también estaba oscuro, debido a su quebradiza y agrietada envoltura de fangosa nieve de hidrocarburo negro, que azotaba en rachas irregulares los pequeños riscos que lo rodeaban. En su base los riscos tenían algunos surcos, mostrando los lugares donde las débiles olas se habían alzado para luego retroceder: alzado y refluído, en esa cadencia inexorable que ha persistido durante eones. A lo lejos, una tormenta de metano avanzaba lentamente por el mar, diseminando cristales de tholin de hidrocarburo negro, como una cortina de tinta que giraba más y más cerca.

De pronto, un promontorio de hielo se desmoronó bajo el incesante aguaafuerte del mar, resbalando al interior de las olas negras con un rugido que ningún oído oyó ni ningún ojo vio. Bloques de agua helada se deslizaron al interior del mar, rompiendo la fina capa de hielo ennegrecido de su superficie, arrojando espuma y cabeceando en el agua por unos segundos antes de que el mar abierto comenzara a congelarse una vez más. Y una vez más, todo permaneció tranquilo y en silencio, salvo por el débil gemido del apacible viento y el incesante azote de las aguas. Y fue como si aquel promontorio nunca hubiera existido.

Titán giraba lentamente en su majestuosa órbita alrededor del anillado planeta Saturno, tal y como había hecho durante billones de años, oscuro e ignaro bajo su manto de nubes de caoba rojiza, como un mendigo ciego dando vueltas a tientas en apagados círculos a través de un frío y despiadado universo.

Pero aquel lento amanecer era diferente. Un nuevo tipo de día estaba a punto de comenzar.

El repentino retumbar de un trueno resonó por la superficie helada del mar, tan ardiente y poderoso que algunos bloques de hielo se partieron y cayeron de los

riscos helados, hundiéndose en la oscura costra que había debajo. Un fugaz resplandor iluminó las nubes, proyectando un fantasmagórico espejismo de luz naranja sobre la orilla del mar.

De entre las nubes descendió algo totalmente desconocido, un gigantesco objeto oblongo que osciló suavemente bajo un henchido dosel. Descendía despacio, rumbo a las redondeadas lomas que bordeaban el oscuro y turbio mar. Mientras se aproximaba a la superficie helada, otro brillante resplandor de abrasadora luz estalló en su parte inferior con un bramido que reverberó en los montículos de hielo y las ondas del tenebroso mar. Tras aquello, se asentó lentamente en la escarpada superficie de una de las lomas, acuclillándose con pesantez sobre cuatro gruesos rodamientos de oruga mientras el paracaídas se combaba, desfallecido, sobre su borde, a medio camino del encostrado mar negro.

Las criaturas que vivían en el hielo excavaron hacia las profundidades para escapar de aquel monstruo alienígena. No tenían ojos ni oídos, pero eran enormemente sensibles a los cambios de presión y de temperatura. El alienígena desprendía calor, un calor letal, y era tan pesado que se hundió en el blando fango de la superficie e incluso quebró el hielo subyacente bajo su masa, convirtiéndolo en polvo. Las criaturas del hielo se desplazaban con dolorosa lentitud; las que se hallaban justo bajo el gigantesco alienígena no fueron lo bastante rápidas como para evitar verse aplastadas y abrasadas por su calor residual. Las que estaban en las proximidades cavaron en el hielo tan aprisa como pudieron, en una lucha ciega por la huida, la supervivencia, la vida.

La tormenta de tholin negro alcanzó entonces los acantilados y giró sobre el monstruo alienígena. El silencio regresó a la playa del gélido mar de Titán.

Diario oral del profesor Wilmot

Hoy, Urbain y su troupe científica harán aterrizar su sonda en Titán. El verdadero trabajo de este hábitat va a comenzar.

Diez mil hombres y mujeres encerrados en este cilindro orbital. En los dos años que le ha llevado alcanzar la órbita de Saturno hemos pasado por un asesinato, una ejecución y una desagradable muestra de brutalidad policial. Hemos tenido unas elecciones, si se les puede llamar así, y se ha establecido un Gobierno... si se le puede llamar así.

Los científicos están contentos. Han estudiado los anillos de Saturno e incluso han hecho algunos descubrimientos extraordinarios. Ahora van a enviar ese enorme vehículo de tierra suyo a la superficie de Titán. Ese maldito monstruo va a arrastrarse por el lugar, dirigido desde aquí arriba, en el hábitat.

Por supuesto, me han quitado el poder. Es mejor así. Si Eberly no me hubiera depuesto me habría largado yo mismo. Pero ha sido un asqueroso chantaje; nada agradable. Aun así, mi labor aquí es observar a esta gente y ver qué clase de sociedad puede llegar a producir por sí misma. El sueño de un antropólogo: ver cómo se crea una nueva sociedad.

Diez mil hombres y mujeres. Ningún niño, claro. No están permitidos. Aún no. La mayor parte de nuestra población está compuesta por exiliados. Disidentes políticos o no creyentes que, allá en la Tierra, cometieron algún delito contra sus Gobiernos basados en la fe. Encerrados en este mundo artificial, este hábitat construido por el hombre. Físicamente, es bastante agradable. Sin duda resulta un medioambiente mejor del que muchos disponen en la Tierra. Pero tengo dudas. Muchas de estas personas vivirán aquí permanentemente; no se les permitirá regresar a la Tierra.

Diez mil exaltados e inconformistas. Físicamente son adultos, pero más bien se comportan como si fueran adolescentes. Muy pocos de ellos aceptan las responsabilidades; viven para pasarlo bien, no para trabajar. Salvo los científicos, por supuesto. Y los ingenieros, supongo. En realidad, uno no debería sorprenderse de su actitud adolescente. Con tan larga

esperanza de vida y sus terapias de rejuvenecimiento, que pueden alargar en siglos su período vital, ¿por qué su adolescencia no se iba a extender hasta los cuarenta o los cincuenta años?

Pero esto me preocupa. Bastaría un puñado de estos vetustos jovenzuelos para causar problemas muy serios. Podrían extender la insatisfacción y la rebelión por toda la población, como una infección viral. Este hábitat podría verse arruinado por unos pocos descontentos. Un puñado. Quizá solo uno. ¿Cómo puede nadie protegerse contra el brote de una enfermedad tal?

Va a ser interesante observar cuanto ocurra.

24 de diciembre de 2095:

Hábitat *Goddard*

—¡*Titan Alpha* ha aterrizado! —exclamó el controlador de la misión—. Ha tocado tierra a salvo.

Con un sonoro aullido de triunfo se quitó el intercomunicador del oído, y lo lanzó a las vigas de acero que conformaban el techo del abarrotado centro de control. Durante los últimos seis días, la sonda teledirigida *Titan Alpha* había trazado su espiral a través de aquel vacío empapado de radiación que se extendía entre el enorme hábitat *Goddard* y la gigantesca luna de Saturno, orbitando cautelosamente alrededor de Titán una docena de veces antes de intentar ingresar en su densa atmósfera tóxica. Ahora había aterrizado a salvo, y era hora de celebrarlo.

Eduoard Urbain sintió una imperiosa necesidad de orinar. Reparó en que había permanecido ante la consola principal del centro de control de la misión durante más de seis horas, y ahora que los controladores estaban gritando y dándose palmaditas en la espalda unos a otros, tuvo la impresión de que podía respirar otra vez. Y mear.

Pero eso no iba a ocurrir. Aún no. A su lado estaba Jacqueline Wexler, presidenta del Consorcio Internacional de Universidades, de quien los fondos, promoción y prestigio podían manar tanto como verse retenidos.

En aquel momento de triunfo, la doctora Wexler era toda sonrisas y elogios. —¡Lo has logrado, Eduoard! —exclamó con entusiasmo, por encima del borboteante parloteo de los eufóricos científicos e ingenieros—. El aterrizaje ha resultado un éxito. Van a ser unas felices Navidades para todos.

Urbain oyó el estallido de los tapones de champán, las carcajadas y el estridente jugueteo que aflora cuando la tensión que mantiene los nervios de punta se ve de pronto liberada. Aunque sentía la misma alegría y satisfacción, no tenía el menor deseo de mezclarse en las celebraciones, ninguna prisa por portarse como un idiota. Lo que realmente deseaba en aquel preciso momento era ir a los urinarios.

Pero Wexler no iba a soltarlo. Le aferró el antebrazo con unos dedos descarnados, semejantes a una garra, con tanta fuerza como para suscitar en Urbain una mueca de dolor, y procedió a presentarle a las otras personas de importancia que habían emprendido el viaje hasta Saturno para asistir a aquella memorable ocasión.

No podía decirse que la mujer tuviera una presencia imponente. La doctora Wexler parecía tan dura como quebradiza, pensó Urbain. Era una mujer menuda y huesuda, con una intensa cara de pájaro y una lacia y muy corta cabellera castaña. Iba vestida con una túnica entallada y un par de pantalones azul oscuro diseñados más bien con el propósito de disfrazar su esquelética figura que con el de reafirmar su visión de la moda. Con todo, ella tenía el poder, y la falta de piedad necesaria para ejercerlo. Allá en la Tierra solían llamarla «Atila la Dulce». No por su rostro, desde luego.

El propio Urbain era muy elegante. Se había pensado mucho qué iba a ponerse para el evento de aquella mañana, y, con la ayuda y la definitiva aprobación de su mujer, había elegido un elegante traje gris con un delicado fular persa de seda azul.

Urbain no ignoraba que Jeanmarie se hallaba entre la masa de espectadores. La buscó, hasta que por fin la vio, observándole, con unos ojos que resplandecían por su éxito. *Es preciosa*, pensó Urbain. *Preciosa y, por fin, feliz.*

Treinta y siete celebridades de la universidad y los medios de prensa habían volado en una nave estelar de fusión de alta velocidad a aquel hábitat que orbitaba alrededor de Saturno, cortesía de Pancho Lane y la Corporación Astro. Por regla general, los hombres y mujeres que dirigían el Consorcio Internacional de Universidades preferían quedarse en la Tierra y gastar su dinero en investigaciones o en la enseñanza. Normalmente, los ejecutivos de las cadenas de noticias enviaban a sus reporteros a otra parte mientras ellos se quedaban en sus opulentas oficinas. Pero Pancho Lane se dirigía al hábitat *Goddard* y había invitado al CIU y a los medios de prensa a que enviaran un contingente con ella, de modo que ahí estaban.

Urbain padeció lo que parecía un interminable rosario de presentaciones. Wexler incluso lo presentó al profesor Wilmot, que había estado a bordo del *Goddard* desde el principio como administrador jefe, y que había vivido y trabajado con Urbain desde hacía ahora tres años.

—Buen trabajo el de hoy, Eduoard —dijo Wilmot con jovialidad cuando se estrecharon la mano, mientras Wexler sonreía encantada, en señal de aprobación—. Espero que mañana vaya todo igual de bien.

Mañana, pensó Urbain. El día de Navidad. Cuando comenzarían a poner en marcha los sensores de *Titan Alpha* y daría inicio la exploración de la superficie de Titán.

—Toma un poco de champán, Eduoard. —Wilmot le ofreció su propia copa de plástico, que no había tocado—. Te lo has ganado.

—Eh, ahora mismo no, gracias —replicó Urbain—. Primero tengo que hacer una cosa.

23 de diciembre de 2095:

El día anterior

El exitoso aterrizaje de *Titan Alpha* en la nubosa superficie de la luna más grande de Saturno no fue el único suceso extraordinario que tuvo lugar a bordo del hábitat *Goddard*. Un día antes, Pancho Lane había hecho algo no menos sonado.

Aunque oficialmente ya no era la principal responsable de la corporación Astro, Pancho tenía aún peso suficiente para apropiarse de la nave estelar de fusión *Starpower III* y emprender un vuelo de seis semanas al lejano Saturno. E incluso para hacerse acompañar de una pandilla de peces gordos y ejecutivos de noticias del CIU, así como de su amante y guardaespaldas personal.

Pancho enfiló el corredor central de la *Starpower III*, abarrotado de instrumentos de control, en dirección al puente, para observar la aproximación de la nave estelar a *Goddard* a través de los ventanales de acrocristal del puente. Dado que en otro tiempo había sido astronauta, carecía de paciencia para quedarse sentada en su compartimento y observar desde la pantalla de vídeo la aproximación y el acoplamiento. Y tampoco estaba de humor para mezclarse con los pasajeros en el vestíbulo central: la mayoría de ellos eran tipos de suelo firme, gusanos de tierra que jamás habían ido más allá de las confortables ciudades de la luna, y que solo se habían adentrado en el espacio rodeados del lujo y la seguridad de aquella espaciosa nave estelar.

Si el capitán de la nave o los miembros de la tripulación se sentían incómodos teniendo a aquel líder jubilado de la corporación husmeando por el puente, hicieron cuanto estuvo en su mano para ocultarlo. Pancho se sentó ante la vacía consola de suministros vitales, desde donde podía volcar la mirada a través de los amplios ventanales de acrocristal, profusamente oscurecidos, en tanto la *Starpower III* se aproximaba al puerto de acoplamiento principal de la *Goddard*.

Le costaba un enorme esfuerzo apartar los ojos de Saturno. El planeta ocupaba un espacio tan grande como imponente: era casi diez veces más grande que la Tierra, y estaba listado de nubes de un amarillo desvaído o un delicado color bruno, que vibraban por toda su superficie a velocidades de hiperhuracán. Unas nubes blancas circundaban el polo. ¿O acaso se trataba de la aurora?, se preguntó Pancho. *En el hemisferio sur ya es verano*, se dijo. *Muy probablemente, la temperatura se esté acercando a los ciento cincuenta grados bajo cero. Tienen que ser nubes, formaciones de hielo.*

Los anillos presentaban cierta inclinación, así que Pancho podía verlos en toda su deslumbrante complejidad, aquellas anchas bandas, destellantes y refulgentes, de flamígeros pedazos de hielo colgando en el vacío, un haz de formidables anillos que se extendían miles de kilómetros, y que, aun así, eran tan delgados que hasta las estrellas brillaban a través de ellos. A aquella distancia tan próxima, Pancho pudo observar que los anillos se trenzaban en incontables anillos individuales, entretejidos como un ornado tapiz circular compuesto de relucientes diamantes. Varios científicos afirmaban que había seres vivos en aquellas partículas de hielo, extremófilos que se desarrollaban a temperaturas de casi cero absoluto.

Comparándola con el chillón Saturno y con aquellos anillos radiantes, la *Goddard*, fabricada por la mano del hombre, apenas merecía que se la mirase, pensó Pancho, mientras observaba cómo el vasto hábitat se iba haciendo más y más grande. Se trataba de un cilindro grueso y desgarrado, de veinte kilómetros de largo y cuatro de ancho, que rotaba lentamente con el fin de producir una gravedad artificial para los diez mil hombres y mujeres que vivían en su interior. A Pancho le recordó a una rechoncha cañería que pendía en el vacío, aunque durante la aproximación pudo ver que su superficie estaba erizada de observatorios abombados, puertos de acoplamiento, antenas y otros salientes que tachonaban el curvado flanco del cilindro. Y a unos dos tercios en la superficie del cilindro se alzaba la hilera de paneles solares, sobresaliendo como un collar de pétalos de flores, embebiéndose de la luz solar que permitía el mantenimiento de las granjas del hábitat, la energía eléctrica y los suministros vitales.

Susie está allí, pensó Pancho. Luego recordó: *ya no debo llamarla Susie*. Se había cambiado el nombre por el de Holly. Y, Dios, aquello casi la había matado.

Pese a sus buenas intenciones, Pancho no podía evitar hervir de resentimiento al pensar en su hermana. Sooze solo era tres años más joven que Pancho, al menos según el calendario. Pero mientras Pancho había dejado que su cabello tomase un desnudo color blanco, y seguía terapias de rejuvenecimiento para conjurar el acecho de la edad, Susan no parecía tener más de treinta años, al menos físicamente. Pero su mentalidad, sus emociones... Pancho compuso una mueca de dolor al pensar en ello.

Susan había muerto durante su adolescencia. La propia Pancho le había administrado la inyección letal, una vez que los médicos, afligidos, le habían asegurado que no había esperanza alguna de salvar a Susan del cáncer que sufría a causa de las drogas, y que estaba destruyendo su cuerpo. De modo que Pancho introdujo la jeringuilla hipodérmica en el descarnado brazo de su hermana y presenció su muerte. Tan pronto como la declararon clínicamente muerta, los médicos introdujeron su cuerpo en un compacto sarcófago de acero, un recipiente en vacío del tamaño de un ataúd que llenaron con el burbujeante nitrógeno líquido, blanco y mortalmente frío.

Durante más de treinta años, Pancho custodió el cuerpo criogenizado de Susie, al tiempo que en la corporación ascendía en la pirámide de poder desde la rastrera posición de astronauta a la de principal responsable y presidenta del consejo de la corporación Astro. Pancho dirigió el bando de Astro en la Segunda Guerra de Asteroides, y tan pronto como la tragedia tocó a su definitivo y sangriento final,

decidió jubilarse oficialmente de Astro para empezar una nueva vida como... ¿qué?, se preguntaba a sí misma. *¿Qué estoy haciendo aquí, en el culo del universo, rumbo a Saturno? ¿Qué voy a hacer en lo que me queda de vida?*

Pancho sabía sus planes más inmediatos. Iba a ver a su hermana por primera vez en casi tres años. Pasaría las vacaciones con la única familia que le quedaba. El pensamiento le hizo sentirse tensa de pura aprensión.

Cuando la revivieron tras los largos años de suspensión criónica y le extirparon el cáncer por medio de nanomáquinas terapéuticas, Susan parecía un bebé recién nacido alojado en el cuerpo de un adulto. Los años que pasó sumergida en nitrógeno líquido habían salvado su cuerpo, mas no sin destruir buena parte de las sinapsis en su córtex cerebral. Prácticamente, carecía de las funciones cerebrales más desarrolladas. Pancho tuvo que alimentarla, la enseñó a hablar y a caminar de nuevo, incluso la enseñó a ir al baño.

Poco a poco, Susan maduró hasta convertirse en un adulto, pero, aun cuando los psicólogos proclamaban a los cuatro vientos que sus ejercicios habían sido un completo éxito, Pancho no se sentía tranquila. Ya no era la misma Susie. No podía serlo, admitió Pancho, pero la diferencia le perturbaba. Era igual que Susie, hablaba, reía y coqueteaba como Sooze, y, sin embargo, a un nivel casi inapreciable era diferente. Cuando Pancho miraba a los ojos de su hermana, tenía la impresión de que al otro lado había alguien distinto. Casi la misma persona. Pero solo casi.

Y, tan pronto su recuperación fue completa, lo primero que Sooze hizo fue cambiar su nombre y enrolarse en el hábitat espacial *Goddard* para unirse a la descabellada misión de explorar Saturno y su luna, Titán. Sooze embarcó y dejó atrás a Pancho, con una sonrisa, un beso en la mejilla y unas palabras mecánicas por toda despedida: «Gracias por todo, Panch». Se largó con aquel viscoso hijo de puta de Malcolm Eberly.

Esta era la razón por la que Pancho no estaba en su mejor y más jovial humor cuando la *Starpower III* se acopló a la *Goddard* y comenzó el desembarco de sus pasajeros VIP. Sentía un hosco resentimiento y una cólera que consideraba perfectamente justificada. Y no podía sino sentir algo más que una ligera aprensión pensando en el modo en que Susie la recibiría. ¿Cómo va a reaccionar al ver que su hermana viene a visitarla, después de haber volado casi un mil quinientos millones de kilómetros para librarse de mí? Feliz Navidad, y ahora lárgate a casa: esa era la actitud que Pancho temía encontrar en su hermana.

Hirviendo por dentro, tratando de dejar de lado aquellas emociones, Pancho enfiló el corredor central de la nave hasta el puerto principal de acoplamiento, después de que el capitán anunciase que se habían acoplado a la *Goddard*. Los mejores científicos y ejecutivos de los medios de prensa, y también los más pomposos, empezaban a congregarse en la sala de espera del puerto, charlando y murmurando con impaciencia. Pancho no tuvo problemas en divisar a Jake Wanamaker; descollaba por encima del resto. Su rostro curtido se quebró en una sonrisa al verla, y Pancho no pudo evitar devolverle la sonrisa.

—Qué tal, marinero —dijo, una vez se abrió paso entre la multitud reinante y llegó hasta él—. ¿Eres nuevo en la ciudad?

—Sí, señora —respondió Wanamaker, incurriendo en las viejas costumbres—. A lo mejor le apetece mostrarme los alrededores.

Ambos rieron y Pancho se sintió mejor.

Al menos, hasta que dejaron atrás el compartimento estanco y llegaron a la sala de recepción de la *Goddard*. La multitud se alineaba en una desordenada fila mientras el personal del hábitat comprobaba los nombres y asignaba a los visitantes sus correspondientes habitáculos. Fue entonces cuando Pancho divisó a Susie, tan alta y delgada como lo era ella. *Tiene buen aspecto*, pensó Pancho, con el corazón desbocado. *Parece estar bien*.

—¡Pancho! —gritó Sooze, y se abrió paso entre la hilera de personalidades hacia su hermana.

No debo llamarla Susan, se recordó Pancho. *Ahora es Holly*.

Su hermana arrojó los brazos alrededor del cuello de Pancho, y esta supo que todo iba a ir bien entre ellas. Pasara lo que pasase, todo iba a marchar a la perfección. Hizo las presentaciones entre Holly y Jake, el cual le estrechó la mano en su carnosa zarpa y dijo un casi solemne «hola», mientras Pancho les sonreía de oreja a oreja.

—Vamos, venid a mi casa —dijo Holly—. Ya tendréis tiempo de buscar vuestro apartamento, cuando la multitud se haya disuelto.

Llena de felicidad, Pancho siguió a su hermana hasta la escotilla que se abría en el pasillo, más allá de la sala de recepción. Se toparon con un hombre guapo, de aspecto joven, con una cabellera pajiza combada en espesas ondas; tenía fuertes pómulos, una nariz recta y aquilina, y una mandíbula firme y bien cincelada, sobre la que se descollaban unos penetrantes ojos azul celeste. Su rostro estaba esculpido con tanta perfección que Pancho supuso que el hombre debía haber pasado por alguna terapia cosmética. ¿Cuál era la palabra que los racistas de antaño solían utilizar?, se preguntó. La respuesta le llegó de inmediato: ario. Ese era el aspecto que tenía: el del ideal del héroe nórdico. Aunque por debajo de su cuello parecía más bien blando: su túnica, no muy ceñida, revelaba una ligera barriga. Era como si su rostro fuese lo único que le importaba.

—Pancho, este es Malcolm Eberly, el administrador jefe de *Goddard* y...

Pancho le embistió con el puño derecho un fulminante golpe que, de lleno, alcanzó el sonriente rostro de Eberly en la mandíbula, haciéndole caer de espaldas sobre el trasero.

—Esto por haber estado a punto de matar a mi hermana, maldito hijo de puta —gruñó Pancho.

23 de diciembre de 2095:
Sala de recepción del hábitat *Goddard*

Por un instante, nadie se movió. Nadie habló. Eberly sacudió la cabeza, todavía aturdido, y se incorporó, frotándose el lado de la cara con una mano.

Holly rompió el silencio:

—¡Pancho! ¡Por el amor de Dios!

—No tuve nada que ver —dijo Eberly, casi en un lamento—. Traté de detenerles.

Pancho resopló y siguió adelante, pasando por su lado y reprimiendo las ganas de patearlo donde más le doliese. Un par de tipos en monos de trabajo se dirigieron hacia ella; ambos portaban sendos brazaletes que decían: «Seguridad». También acarreaban unas porras aturdidoras colgadas de la cintura. Protector, Wanamaker se adelantó a Pancho.

—No pasa nada —dijo Eberly a los guardias de seguridad, mientras se ponía lentamente en pie—. Estoy bien.

—Qué pena —bufó Pancho, y, sin mirar atrás, ingresó por la escotilla abierta.

Holly apresuró el paso para alcanzar a su hermana:

—¡Pancho, es el presidente electo de todo el maldito hábitat!

—Se quedó al margen y permitió que esos cabrones de la Nueva Moral te golpearan hasta dejarte medio muerta —gruñó Pancho, avanzando con paso firme por el pequeño corredor, con Wanamaker a su lado.

—Eso es agua pasada —replicó Holly, poniéndose al otro lado de Pancho—. Y no eran de la Nueva Moral; pertenecían a los Discípulos Santos.

—Lo que sea.

—Han enviado a los responsables de vuelta a la Tierra. Uno de ellos fue asesinado... ejecutado, maldita sea.

Pancho se detuvo ante la escotilla abierta que se abría en el extremo del corredor, compuesto por muros de acero:

—Venga, larguémonos de aquí, antes de que esos tipos de la prensa se acuerden de que están en el negocio de las noticias y vengan a olisquearme. ¿Y a todo esto, dónde diablos estamos? ¿Voy en la dirección correcta?

La cólera de Holly desapareció; sonrió a su hermana:

—Sí, así es. Déjame, ya lo hago yo. —E introdujo un código en el teclado que había junto a la escotilla.

Pancho miró por encima del hombro. Eberly se había puesto en pie, flanqueado por los dos guardias de seguridad, mientras algunos de los ejecutivos que estaban de visita miraban con curiosidad en dirección a Pancho. Aun así, ni Eberly ni ninguno de los visitantes recién llegados había abandonado la sala de recepción.

La escotilla giró hacia adentro y Pancho sintió resoplar contra su cara un rebufo de aire cálido. Aún sonriendo, Holly hizo una pequeña reverencia y, con un balanceo de su brazo, anunció:

—Bienvenida al hábitat *Goddard*.

Pancho entró por la escotilla, y Wanamaker pasó después de ella. Pese a lo que ya sabía, pese a lo que esperaba, no pudo evitar quedarse boquiabierto y, con embriagada sorpresa, emitir un grito ahogado.

—La madre del cordero —musitó—. Esto es todo un mundo.

Se hallaban en una pequeña loma, lo que permitía obtener una clara visión del vasto interior del hábitat. Un paisaje verde e iluminado por el sol se extendía en todas direcciones a su alrededor. Colinas verdes que se mecían suavemente, macizos de árboles, pequeños arroyos serpenteantes se sucedían hasta una neblinosa distancia. A Pancho el aliento se le quedó en la garganta. ¡Tanto verdor! En ninguna parte más allá de la Tierra había visto tal... tal... ¡Era el paraíso! Un jardín del Edén fabricado por la mano del hombre. La brisa estaba endulzada por el suave aroma de las flores. Arbustos cargados de hibiscos de vívido color rojo y palisandros de un azul lavanda se alineaban a ambos lados de un curvado sendero, que conducía a un poblado de pequeños edificios blancos, brillantes de la luz que brotaba de los paneles solares que, como un anillo de resplandeciente luz solar, envolvían el enorme cilindro.

Parece una de esas ciudades del Mediterráneo, pensó Pancho. A lo lejos, el pueblo se hallaba situado sobre el suave montículo de una colina verde, con vistas a un lago de refulgente azul. Como la costa de Amalfi en Italia. Como una imagen extraída de un folleto turístico. *Este es el aspecto que debe tener la campiña mediterránea ideal*. Mucho más allá, Pancho divisó algunas granjas, pequeños campos cuadrados de fresca y brillante hierba, y más pueblos con edificios bañados en el blancor que se espolvoreaban sobre las colinas suavemente mecidas. No había un horizonte. En su lugar, la tierra se curvaba más y más hacia arriba, las colinas, la hierba y más villorrios de senderos pavimentados y chispeantes arroyos, más y más arriba, por todas partes, y Pancho tuvo que estirar el cuello para mirar por encima de su cabeza más porciones de aquel paisaje, cuyo verdor se ofrecía tan cuidadosa y adorablemente acicalado.

—Esto supera en todo a los hábitats del punto Lagrange —dijo Pancho a su hermana—. Esto es sencillamente hermoso.

—Así debe ser —sentenció Wanamaker con total naturalidad—, si se pretende que la gente lo convierta en su hogar permanente.

Pancho sacudió la cabeza llena de asombro, y murmuró un sincero: ¡*Uau!*

Holly le dedicó una sonrisa:

—Y yo estoy al cargo del departamento de Recursos Humanos.

—¿Es verdad? —preguntó Pancho.

—De la buena, Panch.

Hicieron que Wanamaker buscara las dependencias que les habían sido asignadas a él y a Pancho, mientras Holly guiaba a su hermana a su propio apartamento.

—Hogar, dulce hogar —enunció Holly, mientras hacía pasar a Pancho a la sala de estar.

—Muy bonito —celebró Pancho, recorriendo cada detalle del escaso mobiliario y sus mínimas decoraciones. El lugar parecía ordenado y tenía aquel penetrante olor cítrico, casi antiséptico, de la limpieza reciente. *Ha limpiado el lugar para mí*, pensó Pancho, antes de preguntar:

—¿Son paredes inteligentes?

—Y tanto. Puedo programarlas para que muestren casi cualquier cosa que quiera. —Holly se dirigió a la mesa de la esquina y cogió un bastón de control a distancia. De súbito, una pared completa de la habitación exhibió una imagen en tiempo real de Saturno y sus espectaculares anillos.

—¡Cáspita! —exclamó Pancho—. Es casi como estar ahí fuera.

—Siéntate. —Holly hizo un gesto hacia el pequeño sofá—. Voy a por algo de beber.

Pancho se sentó en una silla tapizada mientras su hermana ingresaba en la cocina. *Bueno*, pensó Pancho, *si de veras está mosqueada conmigo por mi visita, desde luego no lo demuestra. Parece verdaderamente encantada de verme. Espero no haberla avergonzado demasiado, al golpear a ese asqueroso de Eberly.*

—¿Las paredes tienen circuitos de reconocimiento por voz? —preguntó.

—Los he apagado —gritó Holly desde la cocina—. Son demasiado sensibles. No puedes mantener una conversación sin que las paredes piensen que estás dirigiéndote a ellas.

Pancho rió para sí al imaginarse las pantallas de la pared iluminándose en un caleidoscopio de imágenes mientras la gente charlaba entre sí.

Del otro lado de la partición de la cocina, Holly trajo una bandeja con dos tubos helados y los puso en la mesita de café, luego se sentó en el sofá junto a su hermana.

—Tienes un aspecto genial, pequeña —reconoció Pancho con una sonrisa resplandeciente—. Realmente genial.

—Tú también —replicó Holly, con cautela.

De un solo vistazo, cualquiera hubiera podido reconocer que eran hermanas. Ambas mujeres eran delgadas y larguiruchas: altas, de piernas largas y torneadas. El color de su piel era ligeramente más oscuro que el de un caucásico bronceado. Los rostros de ambas tenían rasgos afilados, con mejillas prominentes y barbillas cuadradas y pertinaces. Los ojos eran del mismo color castaño oscuro, brillantes de inteligencia e ingenio. Pancho había dejado que su cabello se pusiese del todo blanco y lo llevaba corto en una especie de rígido casquete. El cabello de Holly era todavía oscuro y estaba peinado de punta, a la última moda.

—¿De veras es Eberly el administrador jefe de todo este hábitat? —preguntó Pancho, alargando el brazo para coger uno de los vasos.

—De los diez mil que aquí estamos —replicó Holly—. Ganó unas elecciones libres y justas.

—Pero estaba mezclado con aquellos fanáticos que trataron de matarte. ¿Cómo puede...?

—Eso ya pertenece al pasado, Panch. Y él trató de detenerlos, ya lo sabes. No de una manera muy eficiente, vale, pero lo intentó.

Casi bovinamente, Pancho dijo:

—Supongo que no debí haberle tumbado.

Holly emitió una risita:

—Vaya si pareció sorprendido.

Pancho le devolvió la sonrisa y tomó un sorbo de su vaso. Zumo de frutas. Bien. Susie ya había tenido más que suficiente de alcohol y drogas. Pancho esperaba que Holly fuera diferente.

—Panch, ¿por qué has venido hasta aquí? —La tensión se mostraba en el tono de la voz de Holly, en la repentina rigidez de su cuerpo.

—Para pasar las vacaciones contigo, desde luego —replicó Pancho, intentando que su voz sonase cálida, natural—. Tú eres la única familia que me queda.

Holly trató de relajarse:

—Quiero decir, ¿qué pretendes hacer aquí? Como sabes, no es que este hábitat sea un centro turístico.

La sonrisa de Pancho se atenuó un poco:

—Escucha, hermanita. Soy una mujer rica, una multimillonaria jubilada. Vivo con un tipo estupendo, y podemos ir a cualquier extremo del sistema solar que queramos. Decidí venir aquí y ver qué tal te iba.

—Me va bien.

—No te pongas a hurgar en la herida, pequeña. No estoy aquí para meterme en tu vida y tratar de decirte lo que debes hacer. Ya eres mayorcita, Sooze, y yo no...

—Ya no me llamo Susan —saltó Holly—. Desde hace años.

Pancho puso un gesto de dolor.

—Sí, lo sé. Lo siento. Se me escapó.

—Y si aún sigues preocupada por mí y Malcolm Eberly, ya puedes dejar de preocuparte. Se acabó. En realidad, nunca empezó.

—Eso pensaba, después de lo que te hizo.

—En realidad no fue él. Fueron sus amigos. Trataron de hacerse con el control del hábitat. Durante un tiempo las cosas se pusieron bastante difíciles.

—¿Pero ya ha acabado todo?

—Sus amigos fueron embarcados de vuelta a la Tierra. Malcolm es el jefe del Gobierno del hábitat.

Las cejas de Pancho se alzaron:

—Pensaba que era el profesor Wilmot quien estaba al mando.

—Ya no. Creamos nuestra propia constitución, Gobierno, y todo lo demás, tan pronto como llegamos a la órbita de Saturno.

—¿Y Eberly fue elegido para encabezarlo?

—Así es.

—Me pregunto si emprenderá acciones contra mí por haberle tumbado.

Holly pensó por unos momentos, y luego sacudió la cabeza:

—De haber querido hacerlo, hubiera ordenado que sus guardias de seguridad te prendieran allí mismo y en aquel mismo instante.

—¿Eso crees?

—Sí. —La sonrisa de Holly se ensanchó de nuevo—. Él sabe que se tenía merecido lo que le hiciste.

Pancho le devolvió la sonrisa:

—¿Sabes ese antiguo dicho sobre los húngaros?

—¿Húngaros?

—Si te topas con un húngaro en la calle, patéalo. Él sabrá por qué.

Las hermanas rieron juntas, prolongadamente, en alto y sin forzarse a ello. Pero entonces Holly preguntó:

—¿Cuánto tiempo te vas a quedar?

—¡Rayos, pequeña, acabo de llegar! Dame al menos un tiempo para deshacer mi equipaje, ¿no?

Frunciendo el ceño, Holly replicó:

—No quería decir eso, Pancho. Es solo que... bueno, ya no necesito que «mami» se ocupe de mí. Me he valido por mí misma desde hace más de tres años.

Pancho le dedicó una sonrisa:

—Y no quieres que ese coñazo de hermana que tienes esté todo el rato velando por ti. No puedo culparte.

Cambiando un poco de táctica, Holly preguntó:

—¿Y bien? ¿Quién es el tipo que ha venido contigo?

—¿Jake Wanamaker? —La sonrisa de Pancho se volvió pícara—. Un antiguo almirante de la Marina de los Estados Unidos. Dirigió varias operaciones militares para Astro durante las luchas en el cinturón.

—¿Vives con un marinero?

—Es mi guardaespaldas.

Holly miró a su hermana durante un largo instante, y luego volvieron a estallar en carcajadas.

—¿Quieres cenar con nosotros esta noche? —preguntó Pancho.

—¡Cósmico! Yo también llevaré un amigo.

—¡Genial! —dijo Pancho, con auténtico entusiasmo. *Quizá se esté rompiendo un poco el hielo*, pensó. *Quizá las cosas vayan bien entre Sooze y yo*. Luego se reprendió: *no la llames así. Su nombre ya no es Susan. Ahora es Holly. Holly*. Pero al mirar en los profundos ojos castaños de su hermana, Pancho recordó a la indefensa criatura que había criado tras la muerte de sus padres. Y recordó que fue ella quien suministró la inyección letal que mató a Susan cuando los médicos se negaron a hacerlo.

Tuve que matarte, Susie, dijo Pancho en silencio, *para que así pudieras renacer. Y aquí estás, viva y sana, hecha una mujer, y condenadamente llena de sospechas hacia tu hermana mayor*.

Banco de datos: Titán

Esto es lo que se conoce acerca de Titán, de lejos, la más grande de las varias docenas de lunas de Saturno y la segunda luna más grande de todo el sistema solar.

Con un diámetro de 5.150 kilómetros, Titán es más grande que el planeta Mercurio y solo una pizca más pequeño que el satélite más grande de Júpiter, Ganímedes. Titán es la única luna en todo el sistema solar que posee una atmósfera de suficiente sustancia. De hecho, en la superficie, la atmósfera de Titán es un cincuenta por ciento más densa que la de la Tierra.

Dicha atmósfera se compone principalmente de nitrógeno, entreverada de hidrocarburos tales como el metano, etano y propano, más compuestos de nitrógeno-carbono tales como el cianuro de hidrógeno, cianógeno, y cianocetileno. La luz del sol, al incidir en una atmósfera tal, da como resultado lo mismo que ocurriría en Los Ángeles, Tokio o México D. F.: una niebla fotoquímica, provocada por la luz ultravioleta del sol. Titán es un mundo cubierto por una niebla tóxica. Su dominante color naranja se debe a la mencionada niebla, que envuelve Titán y hace necesario que las observaciones de su superficie se realicen mediante longitudes de onda infrarroja, que penetran en la niebla de un modo mucho mejor que la luz visible, la cual no lo hace.

El contacto de la luz solar ultravioleta, junto con los electrones de energía de la poderosa magnetosfera del cercano Saturno, produce una serie de complejas reacciones químicas sobre la espesa atmósfera de Titán. Esto crea unos polímeros orgánicos llamados tholin, que descienden a las profundidades de la atmósfera para caer sobre la superficie de la luna en forma de nieve negra.

En la Tierra, diversos experimentos realizados en laboratorio han demostrado que los tholin, al disolverse en agua, producen aminoácidos, que son el componente básico de la moléculas de proteínas y, por ende, fundamentales para la vida.

Orbitando a más de un millón de kilómetros de Saturno, que por su parte se encuentra a doble distancia del Sol que Júpiter y diez veces más lejos del

Sol que la Tierra, la temperatura en la superficie de Titán alcanza una media de $-183\text{ }^{\circ}\text{C}$. Titán es ciertamente fría, demasiado fría como para contener agua en estado líquido en su superficie, salvo cuando una zona se ve calentada temporalmente por una erupción volcánica o por el impacto de un meteorito. O si el agua se mezcla con un compuesto anticongelante, como los derivados del etano o del amoníaco.

La densidad de Titán es apenas dos veces la del agua, lo que significa que su cuerpo debe estar compuesto principalmente de hielo, agua helada y/o metano helado, con quizá un pequeño núcleo rocoso bajo un espeso manto de hielo.

Pese a las bajas temperaturas de Titán, en su atmósfera pueden formarse gotas líquidas de etano y estas, a su vez, pueden descargarse sobre su gélida superficie, conformando lagos o quizá mares más grandes. Hay corrientes de etano (o agua entreverada de etano) que van abriendo canales por toda la superficie del hielo. Algunos mares de proporciones colosales, compuestos de metano líquido e incrustaciones de hidrocarburo, salpican la superficie de la luna.

Titán rota sobre su eje en un tiempo ligeramente inferior a dieciséis días terrestres, el mismo período de su órbita alrededor de Saturno. Así, Titán está «enclavado» en su rotación, o lo que es igual, da siempre la misma cara a su planeta, Saturno, así como nuestra Luna da la misma cara a la Tierra. Pero incluso una luna «enclavada» vibra ligeramente en su órbita, y la rotación de Titán se ve perturbada ligeramente por sus prominentes vecinos, las lunas Rea e Hiperión, cada una de las cuales mide unos mil quinientos kilómetros de diámetro. Titán se mece ligeramente hacia delante y hacia atrás mientras orbita alrededor de Saturno, una lenta y pesada vibración que crea extrañas corrientes en sus mares de hidrocarburo.

Un mundo rico en carbono, hidrógeno y nitrógeno. Un mundo desde cuyo neblinoso cielo caen lluvias de etano y tiznados copos de tholin. Un mundo que contiene ríos y arroyos de etano o agua entreverada de etano, y mares de metano. Aun siendo un mundo muy frío, las primeras sondas automatizadas enviadas desde la lejana Tierra revelaron que en la superficie de Titán existe una biología criogénica en un primitivo estado microbiano. ¿Puede haber una biosfera más sofisticada, o acaso un mundo subterráneo más profundo?

Además, enormes franjas de un oscuro material alfombran parte de la superficie de Titán. Por las primeras sondas se supo que eran ricas en compuestos de carbono. ¿Yacimientos de petróleo congelado? ¿Parcelas de hidrocarburo solidificado? ¿Bancos de nieve de negro tholin apilados en zanjas, sobre una tierra demasiado fría como para fundirlos?

¿O se trata de otra cosa?

24 de diciembre de 2095:

Fiesta de Nochebuena

Eduoard Urbain sonreía con nerviosismo mientras estrechaba la mano a cada miembro de su plantilla de científicos e ingenieros, uno por uno. Se dispusieron en una especie de recepción de gala desde el momento en que entró en el auditorio, como siervos de antaño alineándose con sus sombreros en la mano para recibir la bendición navideña de su amo y señor.

Jeanmarie, que estaba a su lado, sonreía con deferencia y dedicaba unas pocas palabras a cada hombre y cada mujer que le presentaban. *Es maravillosa*, pensó Urbain, mientras estrechaba una mano tras otra. *Está en su elemento, amable, cálida y adorable. Estaría perdido sin ella.* La fila parecía interminable, y Urbain se esforzaba por encontrar algo que mereciese la pena decir, mejor que ese «feliz Navidad» repetido hasta la saciedad.

Por fin terminó. Urbain se frotó su entumecida mano y echó una mirada a la concurrencia. *Doscientos hombres y mujeres*, pensó. *Ciento noventa y cuatro, para ser exactos. Es una cifra muy pequeña para llevar a cabo la investigación científica de Saturno, sus anillos y lunas. Pero cuando tienes que felicitar a cada uno por separado parece una cifra verdaderamente grande.*

Nadia Wunderly era una de las últimas personas a las que Urbain había felicitado. Era la inconformista del grupo de científicos, y aunque había hecho recaer en Urbain un repentino e inesperado éxito, este aún la contemplaba con una mezcla de inquietud y, sí, envidia. Nadia se había negado a seguir sus órdenes de unirse a los demás en el estudio de Titán. En su lugar, se había volcado resueltamente en los anillos de Saturno. Y descubrió que había organismos vivos en sus partículas de hielo. Un gran descubrimiento, si es que era cierto. Wexler y sus lacayos del CIU parecían albergar algunas dudas sobre las afirmaciones de Wunderly.

Wunderly se escabulló del comité de recepción a la improvisada barra que se había montado en el auditorio, bordeando la base del escenario. Era una mujer joven —aún no llegaba a los treinta—, y su rostro, en forma de corazón, resultaba bastante bonito. Urbain pensó que aún parecería más bonita si dejaba de teñirse el pelo de aquel color ladrillo y se lo dejaba crecer como Dios manda, en lugar de cortárselo en esas ridículas púas; su cabello guardaba semejanzas con el afilado extremo de una maza medieval. Vestía su habitual túnica oscura

y pantalones de *sport*, lo que no podía calificarse como un acierto: su silueta era amplia, demasiado amplia para su gusto. Pechugona, sí, pero también voluminosa, gruesa en la cintura y en las extremidades.

Mentalmente la comparó con su esposa. Delgada y elegante, Jeanmarie se suicidaría antes que ganar tanto peso.

Wunderly también miraba a Jeanmarie Urbain. *Delgada y con estilo*, pensó. *Una de esas afortunadas mujeres cuyo metabolismo quema calorías más rápido de lo que las ingieren. Lo más probable es que no haya hecho dieta un solo día de su vida. Puede llevar esos vestidos de volantes y tener un aspecto magnífico. Yo parecería un hipopótamo vestido con un tutú.*

Pero esto va a cambiar, se dijo Wunderly. *He perdido cinco kilos en las últimas dos semanas y voy a perder otros tres antes de Año Nuevo. Ese será el momento cumbre.*

Uno de los tipos que estaban tras la barra le ofreció una copa de ponche de huevo. Wunderly estuvo a punto de cogerlo, pero retiró la mano y pidió en su lugar agua mineral.

El tipo, uno de los técnicos que trabajaron con los ingenieros de *Titan Alpha*, le dedicó una sonrisa:

—Una genuina copa de «hache dos o» local reciclada, cortesía del departamento de Gestión de Desperdicios —dijo alegremente, sirviéndole un vaso.

Wunderly le devolvió la sonrisa:

—No vas a asustarme.

El tipo ensanchó la sonrisa:

—*Ho, ho, ho*, y todo eso, Nadia.

—Igualmente —dijo, y luego se alejó de la barra, ingresando en la arremolinada muchedumbre.

Los altavoces que había a ambos extremos del escenario escanciaban sus almibaradas canciones de Navidad. Fuera como fuese, si de algo sirvieron fue para que Wunderly se sintiera triste. *Que tengas una feliz Navidad. Claro. A mil millones de kilómetros de casa. Bueno, al menos podré irme a casa cuando todo haya terminado. La mayoría de esos pobres diablos del hábitat no podrán hacerlo.*

Entonces lo vio, solo, en la otra esquina, allí donde el escenario se juntaba con la pared lateral del auditorio. Cuadrando los hombros como un soldado que se dirige a la batalla, Wunderly se abrió paso entre la multitud de la barra y se lanzó hacia su objetivo.

Da'ud Habib era el jefe del grupo de programación. No se parecía a ninguno de los otros colgados de la informática, arrugados y desaliñados. Vestía un polo rojo que se le ceñía esmeradamente sobre un pantalón de *sport*. Sandalias, también, sin calcetines. *En realidad hasta casi es guapo*, pensó Wunderly. Llevaba la oscura barbita que festoneaba su mandíbula cuidada y bien cortada. Sus ojos eran de un color pardo líquido. Pero era un tipo bastante solitario y silencioso. Wunderly sabía que sus antepasados eran árabes. Había leído su expediente: nacido y criado en Vancouver, en un vecindario musulmán, pero era más canadiense que nadie. Al menos, eso esperaba Wunderly.

—Hola —dijo, tan pronto como estuvo a su lado.

Pareció un poco sorprendido:

—Hola.

—Soy Nadia Wunderly.

—Lo sé. Fuiste tú quien encontró las criaturas de los anillos.

Wunderly compuso su mejor sonrisa:

—Esa soy yo. «El señor de los anillos», me llaman.

Habib respondió a su sonrisa, inseguro:

—Esto... ¿no debería ser «La señora de los anillos»?

—Una licencia literaria.

—Ah. Entiendo.

—¿Está bien si te deseo feliz Navidad?

—Claro. No soy anticristiano. Siempre he disfrutado la época navideña; ir de compras, la música, todo eso.

Wunderly dio un sorbo al agua. Habib estaba bebiendo algo que a ella se le antojó efervescente. *Probablemente algo sin alcohol*, pensó.

—Eres Da'ud Habib, ¿verdad?

—¡Oh! Debí haberme presentado. Lo siento.

—No pasa nada. Eres el jefe del equipo de programación, ¿verdad?

—El señor de los empollones, sí.

Ella rió, y él rió con ella.

—Menudo día nos espera mañana —improvisó Wunderly, tratando de ver cómo llevar la conversación hacia donde quería.

Habib asintió de nuevo.

—Es el regalo de Navidad que Urbain se hace a sí mismo.

Wunderly tomó aire y decidió lanzarse de lleno:

—La fiesta de Año Nuevo es dentro de una semana.

—¿Eh? Sí, supongo que sí.

—¿Vas a ir?

Habib pareció casi alarmado por la pregunta. De hecho, incluso dio un paso atrás.

—¿Yo? Pues... pues no he pensado en ello.

Wunderly podía oír sus propios latidos percutiéndole en los oídos. Acercándose un poco más a Habib, preguntó:

—¿Querías venir conmigo? Quiero decir, no tengo a nadie con quien ir a la fiesta y pensé que podríamos ir juntos.

El ceño de Habib se frunció levemente y Wunderly contuvo la respiración:

—¿Ir contigo? —Parecía una idea totalmente nueva para él, algo en lo que nunca se hubiera parado a pensar.

No me hagas rogar, pidió Wunderly en silencio.

Habib pareció entender, o quizá lo vio en los ojos de ella.

—Vaya, sí, supongo que sí. No había planeado ir... —Se animó lentamente y sonrió de nuevo, esta vez con una sonrisa más ancha—. ¿Pero por qué no? Me encantará ir contigo.

Wunderly quiso reír de dicha, pero se refrenó y, simplemente, dijo:

—¡Genial! Tenemos una cita, entonces.

25 de diciembre de 2095
Centro de control de la misión

Era la mañana del día de Navidad, pero ningún miembro del equipo científico iba a tomarse vacaciones. Aún no. *El centro de control de la misión no fue ideado para albergar tanta gente*, pensó Urbain con inquietud, emparedado entre la doctora Wexler y el profesor Wilmot. Los técnicos que operaban en el turno de mañana casi tuvieron que arrastrarse entre la multitud para llegar hasta sus consolas. Embutidos tras la última fila de consolas, los prohombres de la universidad y los ejecutivos de medios de prensa se pegaban unos a otros, recalentando la sala, sudorosos por la presión de sus cuerpos. Las conversaciones que mantenían entre murmullos sonaban como el bordoneo de los insectos en un día de verano, durante la infancia de Urbain en Quebec.

Tenía los nervios a flor de piel y estaba tan inquieto como un conejo, especialmente con Wexler a su lado y las otras tres docenas de invitados que se arremolinaban en el centro de control. Incluso la temible Pancho Lane, esa industrial recién jubilada, había volado hasta Saturno para presenciar aquel trascendental evento. Las únicas luces que brillaban en la sala oval procedían de las pantallas de las consolas del equipo de control. Urbain alzó la vista hacia los reflejos que parpadeaban en la oscura y aún vacía pantalla mural, y vio al profesor Wilmot, que sonreía a su lado con un gesto de expectación.

—Los primeros datos de tu sonda de superficie —dijo Wexler, sonriéndole de oreja a oreja—. Va a ser una Navidad memorable para la ciencia, Eduoard.

Rígido, Urbain asintió. Era un tipo menudo y enjuto, la clase de persona que nunca se preocupa de su peso porque todo lo que ingiere se convierte en energía nerviosa. Tenía el cabello oscuro peinado hacia atrás desde la misma frente, y una barba cuidadosamente recortada. Al igual que el día anterior, había decidido ponerse su mejor traje para asistir a aquel momento; después de todo, la mitad de la gente que atestaba el centro de control procedía de los medios de prensa.

Aquellos engrèidos del Consorcio Internacional de Universidades no siempre habían mirado a Eduoard Urbain con la misma complacencia. Unos tres años atrás, cuando dio comienzo la expedición a Saturno, a Urbain se le tenía como un tipo del montón, un trabajador competente pero incapaz de brillar por sí mismo. Si se le eligió para encabezar el equipo científico que envió el inmenso hábitat *Goddard* a Saturno a tomar una órbita polar alrededor del planeta anillado, fue

porque tanto a Urbain como a su equipo se les consideraba unos simples cuidadores, cuyo único destino consistía en hacer observaciones rutinarias y proteger el equipo científico durante el lento viaje de dos años de la *Goddard* a Saturno. Una vez que el hábitat verificó su órbita, los más importantes científicos planetarios fueron despachados en una nave estelar de fusión para llevar a cabo la labor de investigar Saturno y, aún más importante, su gigantesca luna, Titán.

Por lo que Urbain sabía, sin embargo, la existencia de esos diez mil hombres y mujeres que constituían la comunidad independiente de la *Goddard* tenía como único propósito prestar un servicio al puñado de científicos e ingenieros que había bajo su mando. Durante esos dos años, Urbain pasó casi cada hora del día dirigiendo al equipo de ingenieros en la construcción de *Titan Alpha*: su sueño, la criatura de su mente, el fruto de una esperanza que siempre le había acompañado. Parte nave espacial, parte tractor armado, *Titan Alpha* había sido ideada para llevar los más sofisticados sensores y computadoras concebibles a la superficie de Titán, y allí usarlos para explorar ese mundo helado, cubierto por una nube tóxica, en tiempo real bajo el control de los científicos de la *Goddard*.

Durante la construcción de aquel enorme vehículo de exploración, Urbain sabía en su fuero interno que serían otros científicos más prominentes que él quienes lo utilizarían, quienes lo guiarían por los campos de hielo de Titán, quienes se llevarían la gloria y el reconocimiento de su esfuerzo y sus desvelos. Pero todo cambió a partir de una casualidad, uno de esos accidentes que pueblan la historia de las investigaciones científicas. Nadia Wunderly, una de las ayudantes de menor escalafón de Urbain pero verdaderamente testaruda, insistió en estudiar los anillos de Saturno. El resto de su equipo científico se concentró exclusivamente en Titán, pues nadie ignoraba que en esa enorme luna habitaba una forma de vida, organismos microscópicos que vivían en una especie de caldo petroquímico, el mismo que cubría parte de la superficie helada de Titán.

Wunderly descubrió lo que podía ser una nueva forma de organismos vivientes en los anillos de Saturno. Como director suyo, Urbain recibió buena parte del crédito de aquel descubrimiento. Y, contra toda lógica, se ganó el derecho a dirigir *Titan Alpha* en su exploración de la superficie de la gigantesca luna.

Ahora se deleitaba en la atención que le prestaban los más importantes científicos del sistema solar cuando su creación, su sueño hecho realidad, *Titan Alpha*, empezó a enviar los datos que recogían sus sensores desde la superficie helada de Titán.

Urbain contuvo la respiración. El centro de control, atestado hasta los topes, se cubrió de un sobrecogedor silencio.

La pantalla mural se encendió para mostrar un mensaje: ACTIVACIÓN DE LOS SISTEMAS.

En las interioridades de la piel blindada de *Titan Alpha*, su ordenador principal empezó a recibir órdenes a través de la antena de enlace descendente.

Comando: activación de sistemas.

Enlace descendente de comunicaciones confirmado. Código aceptado.
Procedimiento para la activación de sistemas iniciado.

Energía principal encendida.

Energía auxiliar en espera.

Autocomprobación del ordenador principal. Autocomprobación completada. Ordenador principal en funcionamiento.

Comando: comprobar integridad de estructuras.

Iniciando comprobación de integridad de estructuras. Carcasa exterior intacta. Miembros estructurales intactos. Sin deformaciones más allá de límites admisibles. Compartimentos interiores intactos y presurizados.

Comando: comprobar sistema de propulsión.

Comprobación del sistema de propulsión iniciado. Reactor en los límites nominales. Motor principal en límites nominales. Ruedas de dirección funcionales pero sin comunicación. Láminas cuatro-catorce a cuatro-veintidós de la banda de rodamiento inferior izquierda deformada pero dentro de los límites operativos.

Comando: replegar manto de paracaídas de descenso.

Manto de paracaídas de descenso replegado.

Comando: replegar tanque de retropropulsión.

Tanque de retropropulsión replegado.

Comando: activar sensores.

Sensores activados.

Comando: sensor de datos de enlace ascendente.

SENSOR DE DATOS DE ENLACE ASCENDENTE.

Salvo por aquellas brillantes letras mayúsculas, la pantalla mural primaria del centro de mando permaneció en blanco. Pasaron algunos segundos. Urbain sintió que el sudor empapaba su frente. Wexler, la presidenta del CIU, se removió, incómoda. Un murmullo rompió entre la multitud que había a la espalda de Urbain. Incluso escuchó una infamante risita por lo bajo.

Pasó un minuto.

—Deberíamos estar recibiendo datos —dijo Urbain, en un sepulcral susurro.

Wexler no dijo nada.

—¿Funciona? —preguntó una mujer en voz alta. Pancho Lane, advirtió Urbain.

ENLACE ASCENDENTE DE DATOS ABORTADO.

Urbain miró fijamente aquellas palabras, duras y brillantes en el fondo azul oscuro de la pantalla mural. *Mi sentencia de muerte*, se dijo para sí. *Hubiera sido mejor coger una pistola y pegarme un tiro en plena cabeza.*

25 de diciembre de 2095:

Cena de Navidad

—¿O sea que no ha llegado nada? —preguntó Kris Cardenas.

—Ni una maldita cosa —dijo Pancho—. La sonda se quedó en silencio tan pronto como ordenaron el envío de datos.

Aquella cena de Navidad en el tranquilo y pequeño bistró tenía como fin servir de reunión. Pancho no había visto a Cardenas en casi cinco años.

Holly había traído a su amigo, un silencioso joven de aire taciturno llamado Raoul Tavalera. Con su largo rostro equino y sus ojos pardos y desconfiados, a Pancho le recordó a Igor, el personaje de los viejos vídeos de *Winnie the Pooh*. Tavalera apenas habló; sentado junto a Holly, su aspecto era triste, hosco, preocupado. *Es Navidad*, le reprendió Pancho en silencio. *Alegra esa cara, por lo que más quieras*. Pero Holly parecía muy feliz con su carabina. *Para gustos los colores*, pensó Pancho. *Quizá sea bueno en la cama*.

Wanamaker se sentaba al lado de Pancho, en tanto Cardenas había llevado a un tipo fornido vestido con unos vaqueros desteñidos y una camisa de mallas que mostraba sus pectorales a la perfección. Se presentó como Manuel Gaeta.

—¿El especialista? —preguntó Pancho, reconociendo sus duras facciones y su rostro un tanto vapuleado.

—Especialista retirado —replicó Gaeta con una sonrisa indulgente.

—Atravesaste los anillos de Saturno —intervino Wanamaker con su voz arenosa y profunda—, sin una nave espacial.

—Vestía un traje. Un traje bastante especial.

—Esas criaturas del hielo que viven en los anillos casi mataron a Manny —dijo Cardenas—. Hubo un momento en el que estaba totalmente enfundado en hielo.

—De modo que tú eres quien de verdad descubrió los bichos del hielo —dijo Pancho, alargando una mano para tomar el vino—. ¿Cómo es que dieron el crédito a esa mujer?

—Es una científica —replicó Gaeta, sin más—. Yo no soy más que un simple especialista.

Las tres parejas se sentaban en una de las mesas exteriores del restaurante, en la hierba. El menú especial de vacaciones del local ofrecía falso pavo, falso ganso y falso jamón, derivados todos ellos de la proteína genéticamente modificada que

se fabricaba en el biolaboratorio. Los vegetales, salsas y postres, sin embargo, los acababan de recoger de las granjas del hábitat.

Mientras disfrutaban de una botella de chablis local, Pancho se recostó en su silla de plástico flexible y admiró las vistas. Todo estaba tan increíblemente limpio y ordenado... *A la hierba le han hecho la manicura y es probable que los árboles hayan dejado caer sus hojas en pulcros montones para que uno pueda recogerlas en un abrir y cerrar de ojos. ¡Y allá arriba, en lugar de haber un cielo, hay más tierra! Pueblecitos de acicalada blancura y senderos entreverados a ellos. A Pancho, las luces que señalaban los caminos le parecían estrellas, mientras los grandes paneles solares se cerraban para la noche. Puedes montar un restaurante aquí fuera sin tener que preocuparte de la lluvia, se dijo. Ni siquiera usan aspersores para la hierba; en su lugar, usan válvulas de goteo subterráneas.*

Wanamaker, que, con su camisa de manga corta perfectamente ajustada y sus pantalones azul oscuro parecía haberse vestido de más, comparado a Gaeta y Tavalera, reflexionaba en voz alta:

—Me pregunto si la sonda *Titán* aterrizó en uno de esos mares de metano y simplemente se hundió en el fondo.

—Una observación propia de un marino —bromeó Holly.

—Ellos saben dónde ha aterrizado —dijo Pancho—. En tierra firme. Esa cosa envió los datos de telemetría que confirmaban su aterrizaje y comprobó todos los sistemas internos. Hecho lo cual, se apagó por sí sola; no se ha comunicado con la gente de Urbain, ni un simple pitido en todo el día.

—Pobre Urbain —se lamentó Cardenas—. Debe de estar volviéndose loco.

Jeanmarie Urbain observaba a su marido. Nunca le había visto así. Desde que regresaron del centro de control no había parado de andar de un lado a otro de su apartamento, su rostro tan oscuro como una nube de tormenta, sus ojos hundidos, acusadores. Canceló la cena de Navidad que había programado con Wexler y otros visitantes de importancia. Cuando ella le preguntó qué había ido mal, él se contentó con responderle bruscamente.

Aquel no era el Eduoard que ella conocía, no el hombre paciente y amable que se había pasado la vida viendo cómo siempre los demás le adelantaban, no el hombre que permitía que los científicos más jóvenes avanzaran mientras él se quedaba donde estaba, no el hombre que asentía tímidamente a las directivas y procedimientos de la jerarquía universitaria. *Le he juzgado mal todos estos años*, comprendió Jeanmarie. *No es que fuera tímido; simplemente, todo eso le daba igual. Mientras nadie le impidiese seguir adelante con cuanto le interesara investigar, todo ese politiquero le importaba un comino. Incluso cuando le insistí para buscar un ascenso, hizo caso omiso de ello, como si no significase nada para él.*

Jeanmarie se había negado a acompañarle los cinco años que duraría la misión en Saturno. Ese fue el golpe final. Para ella, Urbain no se respetaba a sí mismo, y tampoco tenía aprecio alguno por sus sentimientos. Lo estaban relegando al olvido: un científico del montón condenado al ostracismo en los confines más

lejanos del sistema solar. Y ella aún era joven, deseable. Algunos decían que estaba llena de vida. Incluso entre esas esposas de uñas afiladas de la facultad se la consideraba atractiva. *Es una pena que Jeanmarie tenga que cargar con ese marido que tiene*, había llegado a oír más de una vez. *Podría optar a algo mejor.*

Pero, inesperadamente, Urbain había regresado de Saturno lleno de ardor y confianza. Uno de sus científicos había hecho un descubrimiento capital, lo que le convertía a él en una persona importante. Cenó con los dirigentes del Consorcio Internacional de Universidades; se le invitó a dar una conferencia en la Sorbona. Permaneció en la Tierra el tiempo justo para recibir el aplauso por el descubrimiento de las criaturas de hielo en los anillos de Saturno, y para manifestar su plan de explorar Titán con el vehículo robótico que había construido. Y, también, para atraer a Jeanmarie otra vez a su vida. Jeanmarie se dio cuenta de que lo amaba, que había soportado sus momentos más bajos y su falta de empuje porque lo amaba de corazón. Cuando Urbain regresó al hábitat que orbitaba alrededor de Saturno, ella estaba a su lado.

La misión a Saturno lo ha cambiado, comprendió Jeanmarie. *Ahora sí le importa. Ha saboreado la gloria; ha comprendido que uno debe tener poder para lograr el éxito. Quiere ser admirado, respetado.*

Y de pronto, aquel fallo. Su robot está muerto, inerte, inútil, en la superficie de Titán. Suficiente para hacer llorar a un hombre.

Pero Eduoard no lloró. Hervía de cólera. Echaba humo como un volcán a punto de estallar. Andaba de un lado a otro del salón irradiando cólera y frustración. Todas las emociones que había guardado en su interior cuando estaba entre los científicos empezaban a bullir y barbotar ahora que estaba a solas con ella.

—Imbéciles —murmuró—. Idiotas. Todos ellos. De Wexler hacia abajo.

—Eduoard —le dijo Jeanmarie, con tanta dulzura como pudo—, quizá sea temporal. Quizá mañana la sonda responda.

La fulminó con la mirada.

—Tenías que haberles escuchado. Genios de pacotilla. Soltando sus teorías como unos niños soltarían puñados de hojas en el aire.

Ella vio la furia en su rostro.

—«Debe ser un error de programación» —ululó Urbain con voz de falsete, imitando la penetrante nasalidad de Wexler. Luego, con voz más profunda, dijo:

»"No, tiene que ser un mal funcionamiento de la antena", "no, tiene que haber sufrido daños en su entrada a la atmósfera". No, será... será...

Su rostro estaba tan rojo que Jeanmarie temió que le estallase una arteria. Cerrando las manos en dos puños, agitó estos por encima de su cabeza:

—¡Bobos! ¡Estúpidos, petulantes, autosuficientes idiotas! Y todos ellos mirándome. Lo podía ver en sus ojos. ¡Fracaso! Eso es lo que piensan de mí. Que soy un fracaso.

Solo entonces Eduoard Urbain rompió en lágrimas, unos profundos e incontrolables sollozos que partían el corazón de Jeanmarie. Le cogió en brazos y, suavemente, lo condujo al dormitorio, preguntándose: *¿qué puedo hacer para calmar su dolor? ¿Cómo puedo ayudarle? ¿Cómo?*

En el bistró, Pancho había inclinado su silla en un ángulo no muy prudente y separado de la hierba sus pies calzados con botas ligeras, para balancearse entre bamboleos en las patas traseras de la silla.

—Te vas a hacer daño como ceda la silla —le avisó Gaeta.

Ella le dedicó una sonrisa, un tanto borracha por el vino y el coñac que habían tomado.

—¿Te apuestas algo a que aguanto sobre dos patas más que tú?

Gaeta sacudió la cabeza:

—No, gracias.

—Eres un especialista, ¿no? —le picó Pancho—. Te ríes del peligro, ¿verdad?

—Hago mi trabajo por dinero, Pancho. No me juego la espina dorsal por una apuesta postcena.

—Te apuesto cien. ¿Qué tal?

Kris Cardenas agarró la mano de Gaeta antes de que este pudiera responder.

—Manny tiene cosas mejores que hacer que jugar contigo, Pancho.

Pancho dejó que la silla cayese hacia delante.

—¿Cómo jugar contigo, Kris?

Cardenas mostró una sonrisa de esfinge.

Volviéndose hacia Holly y su chico, Pancho preguntó:

—¿Y tú qué, Raoul? Me juego cinco contra uno.

Holly se levantó de la silla.

—Tenemos que irnos, Pancho. Gracias por la cena.

—De nada —respondió Pancho con voz gangosa.

Su hermana sonrió.

—Han sido las mejores Navidades que he pasado en mucho tiempo, Pancho. Las mejores que puedo recordar, de veras.

Repantigándose en la silla, Pancho se embebió de la calidez de la sonrisa de Holly:

—Para mí también, pequeña. Para mí también.

—Es hora de que nosotros también nos vayamos a la cama, Pancho —intervino Wanamaker.

—¿Oh? ¿Qué tienes en mente?

Wanamaker rió, pero Pancho captó un rastro de pudor en su risa.

Cuando se levantaban de la mesa, Holly preguntó:

—¿Vas a ir a ver cómo intentan contactar con *Titan Alpha* mañana?

Sacudiendo la cabeza, Pancho replicó:

—Me han retirado la invitación. No se permite otro acceso al centro de control mañana que el del equipo de trabajo.

—Apuesto a que Wexler estará allí —dijo Cardenas—. Urbain no podrá dejarla fuera.

Picada por la curiosidad, Pancho preguntó:

—Oí que ibais a acordonar la sonda mediante nanomáquinas.

—Urbain y yo consideramos la idea —dijo Cardenas, mientras enfilaban el sendero que los devolvería a los edificios de apartamentos del pueblo—. Pero envió su bicharraco a Titán antes de que pudiera fabricarle los nanos. Impaciente.

—Apuesto a que ahora desearía tenerlos a bordo.

—Quizá —replicó Cardenas, cautelosa—. Francamente, Pancho, lo cierto es que estoy feliz de que no sea así. Urbain me habría culpado por lo que quiera que haya apagado a su criatura.

Mensaje de Timoshenko

Sé que no podrás enviar una respuesta, no dejarán que lo hagas. Está bien. Bueno, no, la verdad es que no está bien, pero lo comprendo. Soy un exiliado, oficialmente no existo, y sería peligroso que me respondieras o incluso que admitieses que has recibido un mensaje mío. Aun así, ojalá hubiera una manera de que me hicieras saber que al menos te llegan mis mensajes. Ni siquiera me importa si los escuchas; es solo que me siento tan horriblemente solo aquí, al no saber siquiera si los has recibido...

Han pasado un buen montón de cosas entre los petulantes científicos. Ese fiasco de sonda que han enviado a la superficie de Titán no les responde. Se ha quedado anclada en el hielo como la enorme masa de chatarra que en realidad es. Me da la risa. Trabajé durante más de un año en esa máquina, incluso durante mi tiempo libre. Volqué todas mis fuerzas en ella, ¿y para qué? Como cualquier otra cosa en mi vida, no ha servido de nada.

Urbain se está tirando de los pelos, o al menos de los pocos pelos que le quedan. Los demás científicos corren de un lado a otro como gallinas, tratando de averiguar qué ha ido mal. ¿Y yo? Pues nada, yo me quedo sentado aquí, solo, en el centro de navegación, sin nada que hacer. Es aquí donde estoy ahora, desde donde estoy hablándote. Bueno, sí, compruebo los instrumentos, pero ahora nos encontramos en la órbita de Saturno. No hacemos otra cosa que ir en círculos. No navegamos. No hay propulsión. El único problema que podríamos tener es si algún trozo de hielo golpea la carcasa exterior y rompe uno de los cables de superconducción del escudo de radiación. Entonces tendríamos que salir ahí fuera y arreglarlo. Sería un alivio frente a este aburrimiento.

Te echo de menos. Sé que nos peleamos cuando tuve que partir y fue culpa mía. Ahora me doy cuenta. Todo lo he mandado al traste. Lo único que espero es que no haya mandado al traste también tu vida, Katrina.

Mereces disfrutar de la vida con un hombre que te ame y pueda proporcionarte niños buenos y sanos.

Por mi parte, viviré para siempre en esta estrambótica Siberia. En realidad, no está mal. Soy un hombre libre, tan libre como uno puede sentirse en esta pretenciosa lata de metal. Incluso me presenté a la carrera presidencial. ¿Te lo imaginas? ¡Yo! Por supuesto, perdí, pero no lo dudes, fue una experiencia diferente.

Te echo de menos. Sé que es demasiado tarde, pero quiero que sepas que te amo, querida Katrina. Lamento haber arruinado nuestras vidas.